

—Querido mío, así es toda la literatura. Clarisa es una obra maestra, tiene catorce tomos, y el autor más obtuso de la contará en un acto. Si te divierte, ¿por qué te quejas? Aquel tocado era de un efecto delicioso. ¿Es que acaso no te gustan las camelias? ¿quieres dalias? ¿no? pues bien, ahí tienes una castaña—dijo Bixiou arrojando sin duda una castaña á Blondet, pues oímos el ruido sobre el plato.

—Vamos, he hecho mal; continúa—dijo Blondet.

—Prosigo—dijo Bixiou.—¿Verdad que no sería mala para esposa?—dijo Rastignac á Beaudenord señalándole á la joven de las camelias blancas, puras y sin una hoja de menos. Rastignac era uno de los íntimos de Godofredo.—«En eso mismo estaba pensando—le dijo Godofredo al oído.—Estaba ocupado en decirme que en lugar de dirigir con gran pena una frase á un oído desatento, de mirar en los Italianos si hay una flor roja ó blanca en un tocado, y si hay en el bosque una mano enguantada á la portezuela de un coche como se hace en Milán en el Corso; que en lugar de gastar la inteligencia en dar y recibir una carta como un cartero, sería preferible entregarse á la adorable pasión envidiada por Juan Jacobo Rousseau amando sencillamente á una joven como Isaura con la intención de hacerla una su mujer, si los corazones se avienen.» «Esa es una ridícula como cualquiera otra—dijo Rastignac sin reirse.—En tu lugar tal vez me sepultaría en las delicias de ese ascetismo que es nuevo, original y poco costoso. Te prevengo que esa joven es dulce, pero me parece estúpida.» La manera que tuvo Rastignac de decir esta última frase hizo creer á Beaudenord que su amigo tenía interés en desencantarle, y le creyó su rival en su calidad de antiguo diplomático. Las vocaciones frustradas suelen despuntar durante toda la existencia. Godofredo se enamoró de tal modo de la señorita Isaura de Aldriger, que Rastignac se fué á buscar á una joven que hablaba en el salón del juego y le dijo al oído: «Malvina, su hermana acaba de coger en sus redes un pez que pesa diez y ocho mil francos de renta, un nombre y cierta posición social. De modo que vigílelos, y si ve que la cosa va seria, cuide de ser la confidente de Isaura y no le deje responder una palabra sin haberla antes corregido.» A eso de las dos de la mañana, un criado se acercó á decir á una pastorcita de los Alpes, coqueta como la Cerlina de la ópera *Don Juan*, y que estaba al lado de Isaura: «El coche

de la señora baronesa espera.» Entonces Godofredo vió que su ídolo se iba con su fantástica madre al salón de espera, seguidas ambas de Malvina. Godofredo, que fingió que iba á buscar á Joby, tuvo la dicha de ver á Isaura y á Malvina poniéndose sus abrigos y tomando esas precauciones que exige un viaje nocturno á través de París. Las dos hermanas lo examinaron con el rabillo del ojo, cual gatas bien amaestradas que acechan un ratón con disimulo. Beaudenord sintió alguna satisfacción al ver el tono, la actitud y los modales del gran alsaciano con librea, que fué á entregar unos zapatos de aguas á sus tres amas. Jamás dos hermanas fueron más diferentes que lo eran Isaura y Malvina. La mayor era alta y morena, é Isaura pequeña y delgada; ésta de facciones finas y delicadas, aquélla de formas vigorosas y pronunciadas; Isaura era la mujer que reina por su falta de fuerza y á la que un hombre se cree obligado á proteger; Malvina era la mujer varonil. Al lado de su hermana, Isaura hacia el efecto de una miniatura al lado de un retrato al óleo. «¿Es rica?» dijo Godofredo á Rastignac al volver al baile. «¿Quién?» «Aquella joven.» «¡Ah! ¿Isaura de Aldriger? Sí. La madre es viuda, y su marido tuvo á Nucingen en sus oficinas de Strasburgo. ¿Quieres volver á verla? Pues vete á saludar á la señora de Restaud, que da un baile pasado mañana, al que asistirán la baronesa y sus dos hijas, y de ese modo serás invitado.» Durante tres días Godofredo vió á su Isaura en sueños con sus camelias blancas, cual si hubiese sido una aparición.

—Bixiou, penetras ya en el mundo de los fenómenos.

—Déjate de eso—repuso Bixiou—Atención, Finot. Doña Teodora Margarita Wilhelmine Adolfs (de la casa Adolfs y Comp.<sup>a</sup> de Manheim), viuda del barón de Aldriger, no era una gruesa alemana compacta y reflexiva, blanca, de rostro dorado y adornada de todas las virtudes patriarcales que posee la Germania. Tenía las mejillas frescas aun, colorados los pómulos como los de una muñeca, rizos en las sienes, ojos insinuantes y ni un cabello blanco, talle esbelto y delgado, frente y sienes con algunas arrugas, nariz rubicunda por la punta, armonizando así con el color de los pómulos. En su calidad de heredera única, mimada por sus padres, mimada por su marido, mimada por la villa de Strasburgo y mimada además por sus dos hijas que la adoraban, la baronesa se permitía usar vestidos de color rosa y otros atrac-

tivos de esta índole. Cuando un parisiense ve á esta baronesa paseando por un bulevar, se sonríe y la condena sin admitir, como el jurado actual, circunstancias atenuantes. El burlón es siempre un ser artificial y, por consiguiente, cruel.

—Lo más hermoso que encuentro en Bixiou, es que es completo—dijo Blondet.—Cuando no se burla de los demás, se burla de sí mismo.

—Blondet, te agradezco la lisonja—dijo Bixiou con tono picaresco.—Si aquella baronesa era superficial, abandonada, egoísta é incapaz de calcular, la responsabilidad de sus defectos corresponde á la casa Adolfus y Comp.<sup>a</sup>, de Manheim, y al amor ciego del barón de Aldriger. Mansa como un cordero, aquella baronesa tenía el corazón tierno y fácil de conmovér; pero desgraciadamente, su emoción duraba poco y por consiguiente se renovaba frecuentemente. Cuando el baron murió fué tan grande y tan verdadero su dolor, que la baronesa estuvo á punto de seguirle, pero... al día siguiente, en el almuerzo, le sirvieron guisantes, que le gustaban mucho, y aquellos deliciosos guisantes calmaron su crisis. Era tan ciegamente amada por sus dos hijas y por sus criadas, que toda la casa celebró aquella circunstancia, que les permitió ocultar á la baronesa el doloroso espectáculo del entierro. Isaura y Malvina ocultaron sus lágrimas á aquella madre adorada y lograron entretenerla en escoger los trajes de luto mientras se cantaba el *Requiem*. Cuando un ataúd está colocado bajo aquel gran catafalco negro y blanco manchado de cera que ha cobijado trescientos mil cadáveres de gentes distinguidas sin haber sido reformado, y cuando el bajo clero, indiferente á todo, canta el *Dies ira*, ¿sabéis lo que dicen los amigos vestidos de luto que se hallan en la iglesia? Mirad, ¿los veis? «¿Cuánto creéis que deja el papá Aldriger?» decía Desroches á Taillefer.

—¿Es que Desroches era ya procurador entonces?

—Empezó á ejercer en 1822—dijo Couture,—lo cual no deja de tener mérito tratándose de un pobre empleado que no había ganado nunca más de mil doscientos francos y cuya madre tenía un estanco. Pero trabajó mucho de 1818 á 1822. Entró de cuarto pasante en casa de Derville, y en 1819, era ya segundo.

—¿Desroches!

—Sí—dijo Bixiou.—Desroches ha pasado como nosotros

grandes apuros. Aburrido de llevar trajes demasiado estrechos y mangas demasiado cortas, estudió la carrera de derecho por desesperación y acabó por tomar el título. Procurador sin un céntimo, sin clientela y sin más amigos que nosotros, tenía que pagar los intereses del importe de su cargo y de la fianza.

—En aquella época me hacía el efecto de un tigre escapado del jardín de plantas—dijo Couture.—Delgado, con cabellos rojos, ojos color de tabaco, tez basta, aire frío y flemático, era el terror de sus pasantes, á quienes no les permitía perder el tiempo, y era, además, instruido, ladino, dotado de agradable locución y no se acaloraba nunca.

—Tiene, además, la buena cualidad de que quiere á sus amigos; buena prueba de ello es que su primer cuidado fué tomar de primer pasante á Godeschal, el hermano de Marieta.

—En París—dijo Blondet,— el procurador sólo es de dos clases: hay el procurador honrado que se atiene á los límites de la ley, que no corre tras los negocios, que aconseja á sus clientes y les hace transigir en los puntos dudosos, un Derville, en fin; y después el procurador famélico que lo juzga todo bueno con tal que tenga aseguradas las costas, que derriba y vende, no ya montañas, sino planetas enteros, y que trabaja por el triunfo de un pillo sobre un hombre honrado, cuando por casualidad el honrado tiene algún punto vulnerable. Nuestro amigo Desroches ha comprendido su oficio y ha tenido razón en decidirse á salir de la miseria. Encontró protectores en ciertos políticos, salvando sus embrollados asuntos, como ocurrió con Lupauleux, cuya posición era tan comprometida. Necesitaba hacer esto para salir de apuros, porque Desroches empezó á ser muy mal visto en los tribunales. Pero, vamos á ver—Bixiou,—volvamos á lo nuestro, ¿por qué estaba Desroches en la iglesia?

—Aldriger deja setecientos ú ochocientos mil francos—respondió Taillefer á Desroches.— ¡Ah! sólo una persona conoce su fortuna—dijo Werbrust, un amigo del difunto.—¿Quién?—Ese tuno de Nucingen, y le acompañará hasta el cementerio; pues Aldriger ha sido su principal, y por agradecimiento hacia producir el capital del buen hombre.—Su viuda encontrará una gran diferencia.—¿En qué sentido lo toma usted?— ¡Amaba tanto Aldriger á su

mujer! No se ría usted, nos miran. — Toma, ya está aquí Tillet, con mucho retraso, pero llega á la Epístola. — Se casará, sin duda, con la mayor. — ¿Es posible? — dijo Desroches; — está más unido que nunca con la señora Roguin. — ¡El! ¿él unido?... no lo conoce usted. — ¿Sabe usted la posición de Tillet y de Nucingen? — preguntó Desroches. — Ésta — dijo Taillefer: — Nucingen es hombre capaz de devorar la fortuna de su antiguo principal y de devolvérsela... — ¡Je! ¡Je! — hizo Werbrust. — Hace una humedad horrorosa en las iglesias, ¡je! ¡je! — ¿Cómo devolvérsela?... — Pues bien, Nucingen sabe que Tillet tiene una gran fortuna y quiere casarlo con Malvina; pero Tillet desconfía de Nucingen. Para quien ve el juego, esta partida es divertida. — ¡Cómo! — dijo Werbrust, — ¿ya es casadera? ¡Qué pronto envejecemos! — Malvina Aldrigger tiene más de veinte años, querido mío. El bueno de Aldrigger se casó en 1800. Nos dió hermosas fiestas en Strasburgo cuando su casamiento y el nacimiento de Malvina. Esto ocurría en 1801, cuando la paz de Amiens, y estamos en 1823, papá Werbrust. En aquella época se hacía al estilo de Ossian, y dió á su hija el nombre de Malvina. Seis años después, en tiempo del Imperio, hubo durante algún tiempo un gran furor por las cosas caballerescas y dió el nombre de Isaura á su segunda hija, que tiene diez y siete años. He aquí dos muchachas casaderas. Esas muchachas no tendrán un céntimo dentro de diez años. — Está ahí el ayuda de cámara de Aldrigger, aquel viejo que lloriquea en el fondo de la iglesia, que ha visto educar á sus dos señoritas y es capaz de hacer cualquier cosa porque no les falte nunca nada. (Los chantres: *¡Dies iræ!*) (Los monaguillos: *¡Dies illa!*) — Taillefer, adiós. Werbrust, oyendo el *Dies iræ* pienso demasiado en mi pobre hijo. — Yo también me voy, porque hace demasiada humedad — dijo Werbrust. (In *favilla*). (Los pobres á la puerta: *¡Una limosnita, señores*). (El sacristán: *Para las necesidades del templo*). (Los chantres: *¡Amen!*) (Un amigo: *¿De qué ha muerto?*) (Un burlón: *De un vaso que se le rompió en el talón*). (Un transeunte: *¿Sabe usted qué personaje es el que se ha dejado morir?*) (Un pariente: *El presidente de Montesquieu*). (El sacristán á los pobres: *Vamos, váyanse y no pidan nada, que ya nos han dado para ustedes*).

— ¡Qué verbosidad! — dijo Couture.

En efecto, nos parecía oír todo el movimiento que se

produce en una iglesia. Bixiou lo imitaba todo, hasta el ruido que hacen los que acompañan al cadáver, restregando los pies contra el suelo.

— Hay poetas, novelistas y escritores que dicen cosas muy hermosas acerca de las costumbres parisienses — repuso Bixiou; — pero he aquí la verdad acerca de los entierros. De cien personas que vayan á tributar los últimos honores á un infeliz muerto, noventa y nueve hablan de negocios y de placeres en plena iglesia. Para ver algún dolor verdadero, es necesario que concurran circunstancias excepcionales, y aun así y todo, ¿qué dolor hay completamente ajeno al egoísmo?

— ¡Je! ¡je! hizo Blondet. — No hay nada menos respetado que la muerte. ¿Es que ésta será acaso una de las cosas menos respetables que hay?

— ¡Es tan común! — repuso Bixiou. — Cuando las exequias acabaron, Nucingen y Tillet acompañaron al difunto hasta el cementerio. El anciano criado iba á pie. El cochero llevaba el coche detrás del del clero. «Bueno, amigo mío, dijo Nucingen á Tillet al llegar al bulevar, se ha presentado la ocasión de *casarse* con Malvina; usted *segá* el *protegtog*, de esta pobre familia desolada, y así tendrá usted una familia; *encontragá* usted una casa montada, sin *contag* con que Malvina es un *vegdadego tesogo*.

— Me parece estar oyendo á ese maldito Nucingen — dijo Finot.

— «Una joven encantadora, repuso Fernando Tillet con calor pero sin entusiasmarse,» — continuó diciendo Bixiou.

— Tillet retratado en una frase — respondió Couture.

— «Podrá parecer fea á los que no la conozcan, pero yo confieso que la encuentro atractiva,» Tillet. «Y con *gazón*, que es lo *mejog* de todo, *queguido mío*. *Segá* abnegada é inteligente. En nuestra maldita profesión no sabe uno de quién *fiagse*, y es una gran dicha el *podeg descansag* en una *mujeg*. Yo *cambiagula* gustoso á Delfina, que ya sabe que me ha *apogtado* un millón, *pog* Malvina, que no tiene una *dóte* tan grande.» «Pero ¿cuánto tiene?» «No lo sé á punto *ciegto*, dijo el barón de Nucingen; pero tiene alguna cosa.» «Sí, pero tiene una madre á quien le gusta mucho el color rosa.» Esta frase puso fin á las tentativas de Nucingen. Después de comer, el barón comunicó á Wilhelmine-Adolphus que apenas le quedaban cuatrocientos

mil francos en su casa. La hija de los Adolphus de Mannheim, reducida á veinticuatro mil francos de renta, se perdió en una serie de cálculos que le embrollaban las ideas. «¡Cómo! le decía á Malvina, ¡cómo! yo siempre he podido disponer de seis mil francos para gastar en costurera. ¿De dónde sacaba el dinero tu padre? Con veinticuatro mil francos no tenemos para nada, estamos en la miseria. ¡Ah! si mi padre me viese tan caída, se moriría de pena si no hubiese muerto ya. ¡Pobre Wilhelmina!» Y se puso á llorar. Malvina, no sabiendo cómo consolar á su madre, le hizo presente que aun era joven y bonita, que le sentaba muy bien el color de rosa y que iría á la Ópera y los Buffones al palco de la señora de Nucingen. De esta suerte sumió á su madre en un sueño de fiestas, de bailes, de música, de hermosos tocados y de éxitos, que comenzó bajo las cortinas de seda azul de un lecho en un elegante cuarto contiguo á aquel en que había expirado dos noches antes el señor don Juan Bautista de Aldriger, cuya historia hemos relatado en pocas palabras. En vida, aquel respetable alsaciano, banquero de Strasburgo, había ganado una fortuna de más de tres millones. En 1800, á la edad de treinta y seis años, en el apogeo de una fortuna hecha durante la revolución, se había casado por ambición y por inclinación con la heredera de los Adolfus, joven adorada por toda una familia y cuya fortuna pasó á sus manos en el espacio de diez años. Aldriger fué nombrado entonces barón por su majestad el emperador y rey, pues su fortuna se duplicó; pero se apasionó por el gran hombre que le había dado un título. Así pues, de 1814 á 1815, se arruinó por haber tomado en serio el sol de Austerlitz. El honrado alsaciano no suspendió pagos, no pagó á sus acreedores mediante la entrega de valores que creía malos, sino que cumplió con todo el mundo y se retiró de la banca, mereciendo así la frase que le prodigó su dependiente Nucingen: «Hombre honrado, pero estúpido.» Hecha la liquidación, le quedaron quinientos mil francos y créditos contra el Imperio que ya no existía. «Hé aquí lo que tiene el creer demasiado en Napoleón»—dijo al ver el resultado de sus negocios. Cuando se ha sido el primero en una villa, y se viene á menos, ¿quién se atreve á permanecer? El banquero de Alsacia hizo como todos los provincianos arruinados; se vino á París, y ostentando las águilas imperiales, se concentró en la sociedad bonapartista. Entregó su capital al

barón de Nucingen, el cual le dió el ocho por ciento, aceptándole sus créditos imperiales con un sesenta por ciento de pérdida únicamente, lo cual fué causa de que Aldriger estrechase la mano á Nucingen diciéndole: «Estaba *seguro* de encontrar en V. un cogazón de alsaciano.» Nucingen logró reintegrarse milagrosamente los créditos imperiales por medio de nuestro amigo Lupeaulx. Aunque con grandes apuros, al alsaciano le quedó una renta industrial de cuarenta y cuatro mil francos, y su pena se complicó con el esplin que acostumbran á sentir siempre las gentes que se ven obligadas á retirarse de los grandes negocios. El banquero se impuso el trabajo de sacrificarse por su mujer, cuya fortuna acababa de ser devorada, habiendo sido entregada por ella con la facilidad de una joven que desconoce por completo los negocios. La baronesa de Aldriger reanudó los goces á que estaba acostumbrada, y los placeres de París llenaron el vacío que podía causarle la sociedad de Strasburgo. La casa Nucingen ocupaba, como ocupa hoy, las cimas de la sociedad financiera, y el hábil barón se complació en tratar lo mejor que pudo al barón honrado. La hermosa virtud de éste sentaba bien en el salón de Nucingen. Cada invierno disminuía el capital de Aldriger; pero éste no se atrevía á hacer el menor reproche á la perla de los Adolfus, y su cariño fué de lo más cariñoso é ininteligible que hubo en este mundo. Buen hombre, pero estúpido. Murió preguntándose: «¿qué será de ellas sin mí?» Después, cuando estuvo solo con su criado Wirth, entre dos suspiros le recomendó á su mujer y á sus dos hijas, cual si aquel caribe alsaciano fuese el único ser razonable que hubiese en la casa. Seis años después, en 1826, Isaura contaba veinticinco años y Malvina no estaba casada. Frecuando el mundo, Malvina acabó por reconocer lo muy superficiales que son las relaciones y lo mucho que se examina y se define todo. Como la mayor parte de las jóvenes que se dicen bien educadas, Malvina ignoraba el mecanismo de la vida, la importancia de la fortuna, el precio de las cosas y la dificultad de adquirir dinero; así es que durante aquellos seis años, cada enseñanza había sido para ella una herida. Los cuatrocientos mil francos dejados por el difunto Aldriger en la casa Nucingen fueron acreditados á la baronesa, la cual echaba mano de ellos, cual de una caja inagotable. En el momento en que nuestro pichón se acercaba á su paloma, Nucingen, co-

nociendo el carácter de su antigua ama, había tenido que franquearse con Malvina acerca de la situación financiera en que se hallaba la viuda, manifestándoles que no les quedaban ya más que trescientos mil francos y que los veinticuatro mil francos de renta habían quedado reducidos á diez y ocho mil. Wirth había sostenido la posición durante tres años. Después de la declaración del banquero, Malvina vendió el coche y despidió al cochero sin que su madre lo supiese. El mobiliario del palacio, que contaba diez años de existencia, no había podido ser renovado. Para los que aman la armonía, no había allí más que medio mal. La baronesa, aquella flor tan bien conservada, había tomado el aspecto de una rosa fría y ajada que queda sola en un rosal á mediados de noviembre. Yo que os hablo he presenciado la degradación de aquella opulencia, y os juro que aquello era espantoso. Aquella fué mi última pena, porque después me dije: «soy un estúpido en tomarme tanto interés por los demás.» Mientras estuve empleado, cometía la tontería de interesarme por todas las casas donde comía; las defendía cuando las atacaban delante de mí y no permitía que las atacasen. ¡Oh! era un niño. Cuando su hija le explicó su situación, la madre exclamó: «pobres hijas mías, ¿quién me hará en lo sucesivo los vestidos? ¡Ah! ya no podré llevar lujo, ni recibir ni frecuentar el mundo.» Vamos á ver—dijo Bixiou cambiando de tema, ¿en qué creéis vosotros que se conoce que un hombre está enamorado? Se trata de saber si Beaudenord estaba verdaderamente enamorado de aquella rubita.

—En que abandona sus negocios—respondió Couture.

—En que se muda de camisa tres veces al día—dijo Finot.

—Una pregunta antes, señores—dijo Blondet.—¿Puede nunca enamorarse un hombre eminente?

—Amigos míos—repuso Bixiou con aire sentimental,—guardémonos como de un reptil del hombre que, sintiéndose enamorado de una mujer, arroja la punta del cigarro diciendo: «¡Bah! otras hay en el mundo». El gobierno puede emplear á tal ciudadano en los negocios diplomáticos. Blondet, te advierto que Godofredo había dejado la diplomacia.

—Bueno, fué absorbido. El amor es la única probabilidad que tienen los tontos para hacerse grandes.

—Blondet, Blondet, ¿por qué, pues, somos nosotros tan pobres?—exclamó Bixiou.

—¿Y por qué es Finot rico?—repuso Blondet.—Yo te lo diré, hijo mío, y verás como nos entendemos. Mira á Finot como me escancia vino, cual si yo amenazase tocar su llaga.

—Bueno, tú lo has dicho, el absorbido Godofredo trabó amplias relaciones con la gran Malvina, con la ligera baronesa y con la pequeña bailadora, cayendo en el servilismo más minucioso y más astringente. Aquellos restos de una opulencia cadavérica no le asustaron, y poco á poco se fué acostumbrando á aquellos andrajos. Las colgaduras verdes con adornos blancos del salón no llegaron á parecerle nunca ni pasadas, ni viejas, ni dignas de ser reemplazadas. Las cortinas, la mesa del the, las chucherías colocadas sobre la chimenea, la araña, la alfombra que dejaba ver ya la trama, el piano, el salón que precedía al dormitorio de la baronesa con sus accesorios, todo le pareció santo y sagrado. Las mujeres estúpidas en las que la belleza brilla de modo que deja en la penumbra el talento, el corazón y el alma, son las únicas que pueden inspirar semejantes distracciones, pues una mujer de talento no abusa nunca de sus ventajas y es preciso ser pequeña y estúpida para apoderarse de un hombre. Beaudenord me ha dicho que llegó á querer al viejo y solemne Wirth. Aquel viejo extraño sentía por su futuro amo el mismo respeto que siente un creyente por la eucaristía. Aquel honrado Wirth era uno de esos bebedores de cerveza que ocultan su astucia bajo una capa de bondad, como ocultaba el puñal en la manga un cardenal de la Edad Media. Al ver un marido para Isaura, Wirth rodeaba á Godofredo de los ambages y circunlocuciones arabescas de su bondad alsaciana. La señora de Aldriger era profundamente *improper* y encontraba aquel amor la cosa más natural del mundo. Cuando Isaura y Malvina salían juntas é iban á las Tullerías ó á los Campos Elíseos, donde debían encontrarse de su sociedad, la madre les decía: «Divertiros bien, hijas mías.» Sus amigos, los únicos que podían calumniar á las dos hermanas, las defendían, pues la excesiva libertad de que gozaba todo el mundo en el salón de los Aldriger lo convertía en un lugar único en París. Difícilmente se hubieran obtenido con millones semejantes veladas, donde se hablaba de todo con gracia, donde no era necesaria la etiqueta rigurosa y donde estaba uno á sus anchas hasta el punto de

pedir de cenar. Las dos hermanas escribían á quienes les daba la gana y recibían tranquilamente cartas en presencia de su madre, sin que la baronesa tuviese nunca la idea de preguntarles de quien se trataba. Aquella adorable madre daba á sus hijas todos los beneficios de su egoísmo; que es la pasión más amable del mundo, toda vez que los egoístas, no queriendo ser molestados, no molestan á nadie y no amargan la vida de los que los rodean con las molestias del consejo, las espinas de la amonestación ni con las triquiñuelas molestas que se permiten las amistades excesivas que quieren saberlo todo é indagarlo todo...

—Me llegas al corazón—dijo Blondet;—pero, querido mío, veo que no cuentas, charlas.

—Blondet, si no estuvieses borracho, me darías lástima. De nosotros cuatro, eres el único literato serio, y cuando yo os hago el honor, á causa de él únicamente, de ir desenvolviendo mi historia, me criticas. Amigos míos, la mayor prueba de esterilidad espiritual es la aglomeración de los hechos. La sublime comedia *El Misántropo* prueba que el arte consiste en construir un palacio sobre la punta de un alfiler. El mito de mi idea está en la varilla de las hadas, que puede hacer de la llanura de Sablons un *Interlachen* en menos de diez segundos, en el tiempo que yo tardeo en vaciar este vaso. ¿Queréis que os haga un relato con la rapidez de una bala de cañón? Nosotros hablamos, nos reímos, y este periodista, biblióforo en ayunas, cuando está borracho quiere que yo dé á mi lengua la estúpida marcha de un libro (fingió llorar). Desgraciada imaginación francesa, pues veo que quieren embotar las agujas de su sátira. *Dies ira*. Lloremos á Cándido y viva la crítica de la razón pura, la simbólica y los sistemas en cinco tomos compactos, impresos por alemanes. Blondet preside el entierro de su suicidio, él que hace en su periódico las últimas frases de todos los grandes hombres que mueren sin decir nada.

—Sigue adelante—dijo Finot.

—He querido explicaros en lo que consiste la dicha de un hombre que no es accionista. ¿No veis ahora á qué precio se procuró Godofredo la dicha más grande que pueda soñar un joven? Estudiaba á Isaura para estar seguro de ser comprendido. Las cosas que se comprenden unas á otras, deben ser similares. Ahora bien, no hay nada que sea semejante á sí mismo más que la nada y el infinito; la nada es la estupidez,

el genio es lo infinito. Aquellos dos amantes se escribieron las cartas más hermosas del mundo, prodigándose las frases de moda: ¡Ángel! ¡Arpa éolica! ¡Contigo estaré completo! ¡Hay un corazón en mi pecho de hombre! ¡Débil mujer! ¡Pobre de mí! Godofredo apenas permanecía diez minutos en un salón y hablaba sin pretensión ninguna con las mujeres, las cuales llegaron á juzgarle inteligente, cuando en realidad era de los que no tienen más talento que el que se les atribuye. En fin, juzgad si estaría absorbido: Joby, sus caballos y sus coches pasaron á ser cosas secundarias para su vida y sólo se consideraba feliz hundido en su poltrona enfrente de la baronesa ocupado en ver á Isaura, en tomar té hablando con el pequeño círculo de amigos que iban todas las noches entre once y doce á la calle de Joubert, donde se podía jugar siempre á algo sin temor á perder. Cuando Isaura había sacado su bonito pie calzado con zapato de satén negro y Godofredo lo había contemplado durante algún tiempo, procuraba ser el último en marchar y le decía á Isaura: «Dame tu zapato.» Isaura entonces levantaba el pie, lo apoyaba en una silla, se quitaba el zapato, y le dirigía una mirada, una de esas miradas que ya sabéis. Godofredo acabó por descubrir un gran misterio en Malvina. Si Tillet llamaba á la puerta, los mismos colores que tenía en las mejillas Malvina decían: ¡Fernando! Mirando á aquel tigre humano los ojos de la pobre muchacha se encendían y todo el ser de ésta denotaba un placer infinito cuando Fernando la llevaba junto á una consola ó á una ventana para hablarle aparte. ¡Cuán raro y hermoso es ver á una mujer bastante enamorada para que llegue á ser sencilla y deje leer en su corazón. ¡Dios mío! es esto tan raro en París, como lo es en las Indias la flor que canta. A pesar de esta amistad comenzada el día en que los Aldriger aparecieron en casa de los Nucingen, Fernando no se casaba con Malvina. Nuestro feroz amigo Tillet pareció no estar celoso de la corte asidua que Desroches hacía á Malvina, pues para acabar de pagar sus deudas con una dote que no bajaría de cincuenta mil escudos, el procurador había fingido amor. Aunque profundamente humillada ante la indiferencia de Tillet, Malvina le quería demasiado para cerrarle la puerta. En aquella joven todo alma, todo pensamiento y todo expansión, tan pronto se sobreponía el amor al orgullo, como éste cedía ante el amor ofendido. Tranquilo y frío nuestro amigo Fernando aceptaba aquel cariño, sin

tiendo las tranquilas caricias del tigre lamiendo la sangre que le tiñe la garganta, é iba á buscar allí sus pruebas sin que dejase nunca pasar dos días sin llegarse á la calle Joubert. El pillastre poseía entonces un millón ochocientos mil francos; la cuestión de fortuna debía ser poca cosa á sus ojos, y había resistido, no sólo á Malvina, sino á los barones de Nucingen y de Rastignan. Godofredo no pudo menos de hablar á su futura cuñada de la situación ridícula en que se hallaba entre un banquero y un procurador. «¿Quiere usted sermonearme respecto á Fernando y saber el secreto que hay entre nosotros? le dijo con franqueza. Querido Godofredo, es inútil. El nacimiento de Fernando, sus antecedentes y su fortuna no influyen para nada; de modo que crea usted en algo extraordinario.» Sin embargo, Malvina llamó aparte á los pocos días á Beaudenort y le dijo: «No creo al señor Desroches hombre honrado (lo que es el instinto del amor), quiere casarse conmigo y hace la corte á la hija de un tendero. Yo quisiera saber si me ha tomado tal vez por un si acaso y si el matrimonio es para él un asunto de dinero.» Apesar de la profundidad de su talento, Desroches no podía adivinar á Tillet, y temió que se casase con Malvina. Así es que el muy pillo se había procurado una retirada, pues como apenas ganaba para pagar los intereses de la deuda, su situación era insostenible. Las mujeres no comprenden estas situaciones. Para ellas el corazón es siempre millonario.

—Pero ¿cómo fué que ni Desroches ni Tillet se casaron con Malvina?—dijo Finot.—Explícanos el secreto de Fernando.

—El secreto es el siguiente—respondió Bixiou.—Regla general: una joven que ha dado una vez su zapato, aunque lo niegue durante diez años, nunca se casará con aquel á quien...

—¡Tonterías!—dijo Blondet interrumpiéndole.—También se ama porque se ha amado. El secreto es el siguiente: regla general, no os caséis de sargento cuando podéis llegar á ser duque de Dantzick y mariscal de Francia. Ya veis el conocimiento que hizo Tillet. Se ha casado con una de las hijas del conde de Grandville, que es una de las familias más antiguas de la magistratura francesa.

—La madre de Desroches tenía una amiga, mujer de un droguero, el cual droguero se había retirado con una cuantiosa fortuna—repuso Bixiou.—Esos drogueros suelen tener unas ideas muy absurdas: para dar á su hija una buena edu-

cación la había metido de interna en un colegio. Este Matifat contaba casar bien á su hija por la razón de doscientos mil francos en buen dinero contante y sonante, que no olía nada á drogas.

—¡El Matifat de Florine!—dijo Blondet.

—Sí, el de Lousteau, en fin, el nuestro. Estos Matifat, perdidos entonces para nosotros se habían ido á vivir á la calle de Cherche-Midi, al barrio más opuesto á la calle de los Lombardos, donde habían hecho fortuna. ¡Oh! yo he estudiado bien á esos Matifat. Durante mi época de galera ministerial, he visto originales que me han convencido de que la sombra tiene asperezas y que en la mayor llanura se pueden encontrar ángulos. Sí, querido amigo mío, tal burgués es á tal otro, lo que Rafael á Natoire. La señora viuda de Desroches le había preparado este casamiento á su hija, á pesar del enorme obstáculo que ofrecía un tal Cochin, hijo del asociado comanditario de los Matifat y empleado á la sazón en el ministerio de Hacienda. A los ojos de la señora Matifat, la profesión de procurador parecía ofrecer garantías para la necesidad de una mujer. Desroches se había prestado á los planes de su madre á fin de procurarse una retirada, y por lo tanto, procuraba estar á bien con los drogueros de la calle de Cherche-Midi. Para hacerlos comprender otro género de dicha, sería preciso describirlos á aquellos dos negociantes, macho y hembra, gozando de un jardinito, instalados en un hermoso piso bajo, divirtiéndose en contemplar un charco de agua que brotaba perpetuamente de una mesita redonda de piedra situada en medio de un estanque de seis pies de diámetro, levantándose muy de mañana para ver si las flores de su jardín habían brotado, ociosos é inquietos, vistiéndose por vestirse y siempre entre París y Luzarches, donde tenían una casa de campo en la que yo he comido. Blondet, un día quisieron que yo hablase y les conté una historia desde las nueve de la noche hasta las doce. Estaba yo en la introducción de mi vigésimonono personaje, cuando el padre Matifat empezó á roncar como los otros, después de haber dado cabezadas durante cinco minutos. Al día siguiente todos me felicitaron por el desenlace de mi historia. Aquellos abaceros tenían por sociedad á los señores Cochin, á Adolfo Cochin, á la señora Desroches y á un tal Popinot, droguero en ejercicio que les llevaba noticias de la calle de los Lombardos (un hombre á quien tú

conoces, Finot). La señora Matifat, que amaba las artes, compraba litografías, dibujos en colores y todo lo mejor que encontraba en el mercado. El señor Matifat se distraía examinando las empresas nuevas y jugando algún dinero á fin de procurarse emociones. Una sola frase os hará comprender la profundidad de mi Matifat. El buen hombre acostumbraba á dar las buenas noches á sus sobrinas de este modo: «Ve á acostarte, sobrinas mías» según decía, temía afligirlas tratándolas de usted. Su hija era una joven ordinaria que parecía una camarera de buena casa, que tocaba regularmente una sonata, que tenía una bonita letra inglesa, que sabía el francés y ortografía, y que poseía en fin una bonita educación burguesa. Estaba bastante impaciente por casarse, á fin de abandonar la casa paterna, donde se aburría soberanamente. Desroches ó Cochin hijo, un notario ó un militar, un falso lord inglés, cualquier marido le parecía bien. Como desconocía en absoluto la vida, yo sentí lástima por ella y quise explicarle el gran misterio, pero los Matifat me cerraron la puerta: los burgueses y yo nunca llegaremos á entendernos.

—¿Se casó con el general Gouroud?—dijo Finot.

—En cuarenta y ocho horas, Godofredo de Beaudenord adivinó á los Matifat y su intrigante corrupción—repuso Bixiou.—Por casualidad, Rastignac se hallaba en casa de la baronesa hablando en el rincón del fuego, mientras que Godofredo hacía su relato á Malvina, y como hubiesen llegado algunas palabras á su oído, adivinó de lo que se trataba, sobre todo por el aire agriamente satisfecho de Malvina. Rostignac se quedo en la casa hasta las dos de la mañana, y luego dirán que es egoísta; Beaudenord se fué cuando la baronesa se marchó á acostarse, y una vez que Malvina y Rastignac estuvieron solos, éste le dijo con aire paternal: «Niña querida, no olvide que un pobre muchacho muerto de sueño ha tomado té para permanecer despierto hasta las dos de la madrugada á fin de poder decirle: Cásese. No ponga obstáculos, no se ocupe de sus sentimientos, no piense en el innoble cálculo de los hombres que tienen un pie aquí y otro en casa de los Matifat; no reflexione, cásese. Para una muchacha, casarse es conquistar un hombre que está obligado á mantenerla en una posición más ó menos desahogada. Yo conozco el mundo; jóvenes, mamás y abuelas son todas hipócritas hablando de sentimiento cuando se trata de ma-

trimonio. Ninguna piensa más que en un buen porvenir, y cuando la hija está bien casada, la madre dice que ha hecho un buen negocio. A continuación, Rastignac le desarrolló su teoría acerca del matrimonio, que es, según él, una sociedad de comercio instituída para soportar la vida. «No le pregunto á V. cual es su secreto, ya lo conozco, le dijo para terminar. Ya sabe V. cual es mi última frase: cásese. Si no lo hace V., recuerde al menos que yo le he suplicado aquí esta noche que se casase.» Rostignac hablaba con cierto acento que atraía, no ya la atención, sino la reflexión. Su insistencia era verdaderamente sorprendente. Malvina se sintió tan impresionada por lo que Rastignac le había dicho, que aun pensaba en ello al día siguiente y buscaba en vano la causa de aquel consejo.

—En todo lo que vas diciendo no veo nada que se parezca al origen de la fortuna de Rastignac, y al parecer nos tomas por Matifats multiplicados por seis botellas de champagne—exclamó Couture.

—Ya llegamos—exclamó Bixiou.—Habéis seguido el curso de todos los afluentes que han formado los cuarenta mil francos de renta que tantas gentes mordían. Rastignac tenía entonces entre sus manos el hilo de todas estas existencias.

—Desroches, los Matifat, Beaudenord, los Aldriger, Aiglemont...

—Y aun más—dijo Bixiou.

—Vamos á ver, ¿cómo?—dijo Finot.—Yo sé muchas cosas y no entreveo la solución del enigma.

—Blondet os ha descrito en conjunto las dos primeras liquidaciones de Nucingen. Hé aquí la tercera en detalle—repuso Bixiou.—Desde la paz de 1815, Nucingen había comprendido lo que nosotros no comprendemos hoy: que el dinero sólo es un poder cuando existe en cantidades desproporcionadas. En secreto les tenía envidia á los hermanos Rotschild, poseía cinco millones y deseaba diez. Con diez millones sabía que podía ganar treinta y que no tendría más que quince con cinco. Había, pues, resuelto operar una tercera liquidación. Este gran hombre pensaba entonces pagar á sus acreedores, con valores ficticios conservando su dinero. En la plaza, una concepción de este género no se presenta en forma tan matemática. Semejante liquidación consiste en dar un pastel por un luís de oro á niños grandes, los cuales, al igual que los niños de otros tiempos, prefieren el pastel

29711

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
MONTERREY, MEXICO

la moneda porque no saben que con la moneda pueden comprar doscientos pasteles.

—Pero ¿qué es lo que dices, Bixiou?—exclamó Couture.—Hoy no pasa semana que no se ofrezcan al público pasteles al precio de un luis de oro. ¿Se le obliga acaso al público á dar su dinero? ¿no tiene derecho á instruirse acerca de lo que hace?

—En fin—repuso Bixiou,—Nucingen habrá tenido dos veces la suerte de dar sin querer un pastel que llegó á valer más de lo que él creía, y esta desgraciada suerte le causaba remordimientos. Semejantes suertes acaban por matar á un hombre. Él hacía diez años que esperaba la ocasión de no engañarse y de crear valores que parecieran valer algo y que...

—Pero explicando de ese modo la banca, ningún comercio es posible—dijo Couture.—Más de un banquero leal ha persuadido á los bolsistas más hábiles para que tomasen valores que habían de sufrir depreciación en un espacio de tiempo dado. Vosotros mismos habéis visto algo mejor que esto. ¿No se han admitido, mediante el consentimiento y aprobación de los gobiernos, valores para pagar intereses de otros á fin de mantener su curso y poder deshacerse de ellos? Estas operaciones tienen más ó menos analogía con la liquidación á lo Nucingen.

—En pequeño—dijo Blondet,—el asunto puede parecer extraño; pero en grande es un negocio de alta banca. Hay actos arbitrarios que son criminales de individuo á individuo y no son nada cuando se extienden á una multitud cualquiera, como ocurre con la gota de ácido prúsico, que es completamente inocente metida en un barreño de agua. Matáis á un hombre y os guillotinan, pero llevados de una convicción gubernamental cualquiera, matáis quinientos hombres y se respeta vuestro crimen político. Robáis cinco mil francos de un secreter y vais á presidio, pero con el cebo de una ganancia cualquiera hábilmente puesto en la boca de mil bolsistas, les forzáis á tomar las rentas de cualquier república ó monarquía en quiebra, emitidas como dice Couture, para pagar los intereses de las mismas rentas, y nadie puede quejarse. Hé aquí los verdaderos principios de la edad de oro en que vivimos.

—La organización de una máquina tan vasta exigía muchos polichinelas—repuso Bixiou.—En primer lugar, la casa

Nucingen había empleado sus cinco millones en un negocio en América, cuyos provechos habían sido calculados de manera que volviesen demasiado tarde. Se había desprovisto de medios con premeditación. Toda liquidación debe ser motivada. La casa poseía en fondos particulares y en valores emitidos unos seis millones. Entre los fondos particulares estaban los trescientos mil francos de la baronesa de Aldriger, los cuatrocientos mil de Beaudenord, un millón de Aiglemont, trescientos mil francos de Matifat, medio millón de Carlos Grandet, el marido de la señorita de Aubrion, etc. Creando él mismo una empresa industrial por acciones con las cuales se proponía pagar á sus acreedores mediante maniobras más ó menos hábiles, Nucingen podía hacerse sospechoso; pero obró con más astucia, haciendo que crease otro la máquina destinada á desempeñar el papel de Misisipí del sistema de Law. La particularidad de Nucingen estriba en valerse, para sus proyectos, de las gentes más hábiles sin comunicárselos. Nucingen soltó, pues, delante de Tillet la idea piramidal y victoriosa de combinar una empresa por acciones, constituyendo un capital bastante fuerte para que pudiese dar buenos intereses á los accionistas durante los primeros tiempos. Intentada por primera vez en un momento en que había muchos necios con capital, esta combinación debía producir una alza en las acciones, y por consiguiente un beneficio para el banquero que las admitiese. Pensad que esto es de 1826. Aunque quedó sorprendido por esta idea tan fecunda como misteriosa, Tillet pensó, como es natural, que si la empresa no salía bien sería motivo para severas críticas, y esto le sugirió la idea de buscar un testaferrero visible que pusiese en movimiento esta máquina comercial. Vosotros ya conocéis hoy el secreto de la casa Claparon, fundada por Tillet, que fué una de sus más hermosas invenciones.

—Sí—dijo Blondet,—el editor responsable en asuntos financieros, el agente provocador, el cabrón emisario; pero hoy estamos más adelantados—dijo Blondet,—y ponemos: *Dirigirse á la administración de la casa, calle de tal, número tantos.*

—Nucingen había apoyado con todo su crédito á la casa Carlos Claparon—repuso Bixiou.—Se podía, pues, lanzar sin temor un millón de papel Claparon sobre algunas plazas, y Tillet propuso llevar adelante la casa Claparon. Adopta-

do. En 1825, el accionista aun no estaba gastado en las concepciones industriales. Los *fondos flotantes* eran desconocidos. Los gerentes no se obligaban á no emitir acciones con los beneficios, no depositaban nada en el Banco y no garantizaban nada. No se dignaban explicar la comandita diciéndole al accionista que se tenía la bondad de no exigirle más que mil, quinientos ó doscientos cincuenta francos. No se hacía público que la experiencia *in are público* no duraría más que siete años, cinco años ó tres años, y que de este modo el desenlace no se haría esperar mucho tiempo. En fin, que aquello era la infancia del arte. Ni siquiera se había hecho intervenir á la publicidad mediante esos gigantescos anuncios por medio de los cuales se estimula á las imaginaciones pidiendo dinero á todo el mundo.

—Esto ocurre cuando nadie quiere darlo—dijo Couture.

—En fin, que no existía la competencia en esta clase de empresas—dijo Bixiou.—Los fabricantes de papel, los laminadores de zinc, los teatros, los periódicos, no se lanzaban como perros tras el accionista expirante. Los hermosos negocios por acciones tan sencillamente publicados, hoy se tratan vergonzosamente en el silencio y en la sombra de la Bolsa. Los cancerberos ejecutaban, financieramente hablando, el aire de la calumnia del *Barbero de Sevilla*; iban *piano, piano*, y sólo se hablaban al oído de la bondad del negocio. Sólo explotaban al paciente y al accionista en el domicilio, en la Bolsa ó en sociedad.

—Pero aunque estemos entre nosotros y podamos decirnoslo todo, vuelvo á insistir en lo dicho—dijo Couture.

—¿Es V. platero, señor Josse?—dijo Finot.

—Finot seguirá siendo clásico, constitucional y reaccionario—dijo Blondet.

—Sí, soy platero—repuso Couture, que era la causa de que Cerizet hubiese sido encarcelado.—Sostengo que el nuevo sistema es infinitamente más leal, menos traidor y menos asesino que el antiguo. La publicidad da origen á la reflexión y al examen; la industria...

—Vamos, ya estamos en la industria—exclamó Bixiou.

—La industria gana con esto—dijo Couture sin hacer caso de la interrupción.—Todo gobierno que se mete en el comercio y no lo deja en libertad comete una grave torpeza: llega al máximun ó al monopolio. A mi juicio, nada está más conforme con los principios de la libertad del comercio

como las sociedades por acciones. Inmiscuirse en ellas es querer responder de los capitales y los beneficios, lo cual es estúpido. En todo negocio, los beneficios son proporcionales al riesgo. ¿Qué le importa al Estado la manera como se obtiene el movimiento rotatorio del dinero, con tal que éste esté en actividad perpetua? ¿Qué le importa que sea rico uno y pobre otro, si siempre hay la misma cantidad de ricos para contribuir? Además, hace ya veinte años que las sociedades por acciones y las comanditas han sido implantadas en el país más comercial del mundo, en Inglaterra, donde todo se examina, donde las cámaras dictan mil ó mil doscientas leyes por sesión y donde un miembro del Parlamento no se ha levantado nunca para hablar contra el método...

—Curativo de las cajas llenas, los timos—dijo Bixiou.

—Vamos á ver—dijo Couture irritado,—un hombre tiene diez mil francos y toma diez acciones de mil francos cada una en diez empresas diferentes... Le roban nueve veces. Esto no ocurre, porque el público ve más de lo que parece, pero yo voy á suponerlo. Sale bien un solo negocio (por casualidad.—Conformes.—No lo han hecho expresamente).—Bueno. El hombre que es bastante avisado para divisar de este modo el negocio, encuentra una magnífica ganancia, como la encontraron los que tomaron las acciones de las minas *Worstchin*. Confesémoslo, señores: las gentes que gritan son hipócritas, desesperados porque no han tenido la idea de un negocio, ni el poder de proclamarlo, ni la astucia de explotarlo. La prueba no se hará esperar. Antes de poco, veréis á la aristocracia, á los cortesanos y á los ministeriales descendiendo en pelotón al terreno de la especulación para implantar en él ideas más tortuosas que las nuestras. ¿Qué cabeza no se necesita para implantar un negocio en una época en que la avidez del accionista iguala á la del inventor? ¿Qué gran magnetizador debe ser el hombre que crea un *Claparon* y que encuentra caminos nuevos que explotar! ¿Sabéis la moral de esto? Que nuestra época no vale más que nosotros y que vivimos en un tiempo de avidez en que nadie se preocupa del valor de la cosa siempre que se pueda ganar en ella endosándosela al vecino, y se la endosa uno al vecino porque la avidez del accionista que cree en una ganancia iguala á la del fundador que se la propone.

—Está bien hoy Couture, está bien—dijo Bixiou á